

CONTEMPLATIVUS IN LIBERATIONE

Leonardo Boff

RESUMEN

En este artículo se presenta lo que es típico de la espiritualidad de aquellos cristianos que en América Latina han optado por la liberación. Se afirma como tesis central que toda experiencia espiritual se origina en un encuentro con Dios, tal como su rostro se va manifestando en determinadas situaciones y retos de la realidad histórica. Para la espiritualidad de los cristianos ha sido fundamental el encuentro con los pobres del continente y la lucha por su justicia. A partir de ahí hay que entender el título de este artículo, que concretiza históricamente la exigencia de ser "contemplativo en la acción".

En la última parte del artículo el autor enumera las características concretas de esta forma de espiritualidad: oración materializada de acción y expresión de la comunidad liberadora, liturgia como celebración, santidad política, coraje profético y paciencia histórica y finalmente una actitud pascual.

Digamos para terminar una palabra sobre el origen de este trabajo. En una reunión de revistas, celebrada en México días antes de la reunión de Puebla, se decidió que era de suma importancia explicitar el tema de la espiritualidad tanto para la teología como para la praxis de la liberación. Se tomó la decisión de que varias revistas participasen en este proyecto aportando artículos de sus colaboradores habituales y publicando en las diversas revistas los diversos aportes. Las revistas que se comprometieron en este proyecto son Mensaje, de Chile; Revista Eclesiástica Brasileña, de Brasil; Páginas, de Perú; SIC, de Venezuela; Diálogo, de Guatemala; Christus, de México; ECA, de El Salvador. Periódicamente iremos reproduciendo en esta revista los diversos aportes sobre espiritualidad que han ido produciendo los colaboradores de las revistas citadas.

Contemplativus in liberatione

De la espiritualidad de liberación a la práctica de liberación por el Prof. Dr. Leonardo Boff, O.F.M. Prof. de Teología Sistemática en Petrópolis, Río de Janeiro.

1. El choque espiritual

Lo que ha caracterizado en los últimos años la vida eclesial latinoamericana fue una creciente conscientización de la responsabilidad de la fe en los cambios sociales que propicien más justicia y participación de las grandes mayorías pobres de nuestros países. A la luz de la fe y en solidaridad evangélica con los más necesitados más y más grupos significativos de Iglesia, incluso episcopados enteros, han intentado vivir y enseñar la fe cristiana de tal forma que sea efectivamente un motor de liberación integral del hombre. Así en el interior de las comunidades cristianas está en marcha un vasto y bien articulado proceso de liberación que nace de la unidad fe-vida. Junto a ello se ha elaborado su correspondiente discurso crítico que viene bajo el nombre de teología de la liberación o de teología hecha en los intereses de la liberación integral especialmente de los más oprimidos de la sociedad. Pero lo que suscita la práctica y la teoría (teología) liberadoras es una experiencia espiritual de encuentro con el Señor en los pobres.¹ Por detrás de toda práctica innovadora en la Iglesia, en la raíz de toda teología verdadera y nueva se esconde latentemente una experiencia religiosa típica. Esta constituye la palabra-fuente; todo lo demás resulta de esta experiencia totalizadora, es esfuerzo de traducción en los marcos de una realidad históricamente determinada. Solamente con este presupuesto se pueden entender las grandes síntesis de los teólogos del pasado como San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Suárez, Rahner y otros maestros del Espíritu.

Toda experiencia espiritual significa un encuentro con un rostro nuevo y desafiador de Dios que emerge de los grandes retos de la realidad histórica. Grandes cambios socio-históricos cargan en su seno un sentido último, una exigencia suprema que los espíritus religiosos detectan como advenimiento del misterio de Dios. Dios posee solamente significado cuando, efectivamente, aflora como lo radicalmente importante de una realidad dada en sus sombras y en sus luces. De este modo Dios no surge meramente como una categoría definida dentro del marco religioso, sino como aconteci-

miento de sentido, de esperanza, de futuro absoluto para el hombre y su historia. Esta situación propicia una experiencia propia y típica del misterio de Dios.

Esto que asignamos, quiere expresar el momento subjetivo de la experiencia. Pero podemos enunciar lo mismo dentro de un lenguaje estrictamente teológico. Entonces decimos que Dios, en su voluntad de auto-comunicación, se revela concretamente en la historia. El hombre capta un rostro nuevo de Dios porque Dios así se está revelando. El pone sus signos sacramentales, elige sus emisarios, hace crear un discurso adecuado e incita a prácticas consecuentes. Y habrá siempre espíritus atentos que sabrán identificar la voz nueva de Dios y ser-fieles a sus interpelaciones.

Creemos que en los últimos años hubo una irrupción volcánica de Dios en nuestro Continente latinoamericano; El ha privilegiado los pobres como su sacramento de auto-comunicación. En los pobres hizo oír sus exigencias de solidaridad, de identificación, de justicia y de dignidad. Y las Iglesias supieron ser obedientes (ob-audire = fueron oyentes) a la llamada de Dios. Frente al escándalo de la pobreza urge actuar por los pobres contra su pobreza en función de una justicia para todos. Esta actuación posee una neta dimensión de liberación que nace como historificación de la fe que quiere ser adhesión al Señor presente en los pobres. Luchar con los pobres, hacer cuerpo con sus anhelos, es comulgar con Cristo pobre y vivir en su seguimiento. Esta perspectiva implica ser contemplativo en la liberación —contemplativus in liberatione— y supone una nueva forma de buscar la santidad y la unión mística con Dios. El choque espiritual con la nueva manifestación de Dios produjo rasgos propios a la espiritualidad como es vivida y practicada en tantos cristianos comprometidos con la liberación integral de sus hermanos. Este choque espiritual se encuentra en la base de la teología de la liberación.

Antes de intentar una descripción de esta espiritualidad, convendría ubicarla en la gran tradición espiritual de la Iglesia y también subrayar los puntos de su originalidad. El gran problema que importa aclarar es cómo ser contemplativo en la liberación; cómo en las prácticas pastorales y en contacto con el pueblo vivir un encuentro vivo y concreto con Dios. Quizás reflexionando el tema sobre el trasfondo de la tradición espiritual cristiana se pueda identificar mejor lo específico de esta espiritualidad latinoamericana.



2. La diferencia espiritual

Ciertamente la formulación más clásica de la búsqueda unidad fe-vida fue elaborada por la tradición monacal bajo el lema *ora et labora*: orar y también trabajar. No es aquí el lugar de hacer la trayectoria histórica de esta inspiración. Basta con que capturemos su tendencia dominante que consiste en el predominio soberano del *ora* sobre el *labora*. Esta espiritualidad toma como eje de organización de la vida espiritual el momento de la oración y de la contemplación, alternado con aquél del trabajo. La oración capitaliza todo el valor y se expresa mediante los signos del campo religioso: la liturgia, el oficio del coro, los ejercicios devocionales y toda la gama de expresiones religiosas. El trabajo de si no es mediación directa a Dios; lo es en la medida en que viene bañado por los influjos de la oración y de la contemplación; él significa la profanidad y la pura naturaleza; constituye el campo de la expresión ética y el lugar del testimonio cuyo sentido se elabora en el ámbito de la oración. Esta se prolonga hacia adentro del trabajo, haciéndolo también sagrado. La concepción de fondo implica una especie de "monofisitismo espiritual": la única naturaleza de la oración rescata la profanidad criacional y natural del trabajo. Por eso, perdura un paralelismo jamás superado totalmente: por una parte la oración y por otra el trabajo. La partícula y (*et*) es índice de este bilingüismo espiritual. De todas maneras esta espiritualidad llenó de oración y elevación el trabajo de los cristianos y pobló de signos religiosos a todos los recantos considerados profanos.

El desarrollo socio-económico se encaminó en la dirección de la relativa autonomía de lo profano y de una cultura del trabajo.² La operatividad y la eficacia son los ejes de la moderna cultura cuya expresión acabada se encuentra en nuestros días bajo el imperio de la empresa científico-técnica. El lema se invierte: *labora et ora*, trabaja y ora. Se descubre el carácter divino y crístico de la creación y del trabajo como forma de colaboración humana a la acción divina. Dios no nos regaló un mundo acabado, sino que quiso asociarnos a su tarea transformadora. El trabajo posee su dignidad y sacralidad, no por estar bautizado por la oración o por la buena intención sobrenaturalizante, sino por su misma naturaleza criacional insertada en el proyecto cristológico. Lo que importa es el trabajo hecho en su recta orden, ordenado a la construcción de la ciudad terrena querida por Dios y anticipadora de la ciudad celestial. Especialmente el trabajo de la justicia y comprometido con los pobres realiza lo que intenta toda oración: el contacto con Dios. La tradición profética es explícita en esto (cf. Is 1, 10-20; Jr 22,16) y Jesús se reporta directamente a ella (Mc 7, 6-8); no son las prédicas sino las prácticas que nos apropiamos de la salvación (Mt 25, 31-46). La oración sigue teniendo su lugar y valor, pero su verdad se mide en su cualidad de expresión de la práctica verdadera y éticamente correcta. En su forma más radical, esta espiritualidad de carácter divino de la materia y del trabajo sobre ella, llevó a un vaciamiento de la oración, de la expresión litúrgica y devocional.

Esta perspectiva valora el carácter objetivo de

la gracia que pervade todas las esferas y no está restringida al campo de la conciencia y de la explicitación. En otras palabras: la presencia de Dios no se realiza automáticamente ni exclusivamente ahí donde se habla de Dios y se cultiva su memoria, sino siempre y objetivamente donde se historifica una práctica correcta de verdad y de justicia, aunque no exista una conciencia explícita de Dios. Pero el predominio del trabajo, vivido religiosamente, sobre la oración deja perdurar un nuevo paralelismo que puede llegar a un "monoficitismo espiritual" ahora bajo el egide de la categoría trabajo. La oración es una otra forma de trabajo o de práctica, perdiendo su especificidad en cuanto oración. Mientras se habla de trabajo y oración, *labora et ora*, no se ha logrado suficientemente la unidad de fe-vida, acción-oración.

La síntesis que importa elaborar y que está en gestación en América Latina es de la oración en la acción, dentro de la acción y con la acción. No se trata de orar por un lado o de actuar por el otro, ni de una oración fuera del compromiso concreto con la liberación de los oprimidos sino de orar en el proceso de liberación, vivenciar un encuentro con Dios en el encuentro con los hermanos. Podemos decir que cada grande santo ha logrado esta síntesis vital y concreta y que siempre constituyó el secreto de toda la vida auténticamente cristiana.

Pero en América Latina nos toca vivir una situación de cierta manera nueva, o por lo menos con acentos muy particulares. El problema no es simplemente la relación oración-acción, sino oración-liberación, vale decir, oración-acción política, social, histórica, transformadora. En su formulación correcta la cuestión se plantea en términos de Mística y Política. Como estar comprometido radicalmente con la liberación de los oprimidos y al mismo tiempo comprometido con la fuente de toda liberación que es Dios? como compaginar la pasión por Dios, característica de todo hombre verdaderamente religioso, con la pasión por el pueblo y su justicia, nota distintiva de todo militante político? Esta síntesis para ser completa y consistente tiene que aprovechar de toda la riqueza del *ora et labora*, de la oración como encuentro privilegiado con el Señor; debe aprovechar también de toda la verdad presente en el *labora et ora*, del valor religioso del trabajo y del compromiso realizador de la justicia y de la fraternidad.

No se trata de hacer una síntesis verbal o una correcta correlación de los términos. Se trata de vivir una práctica cristiana que a la vez venga imbuida de oración y de compromiso, que el compro-



miso nazca de la oración y que la oración aflore del corazón del compromiso. ¿Cómo alcanzar esto?

3. Pasión por Dios en la pasión por el empobrecido

La experiencia de la fe viva y verdadera construye la unidad de oración-liberación. Pero hay que entender correctamente la experiencia de fe. La fe es, primariamente, una manera de vivir todas las cosas a la luz de Dios. La fe define el desde donde y el hacia adonde de nuestra existencia que es Dios y su designio de amor comunicado y realizado en todas las cosas. Para el hombre de fe la realidad no es, originalmente, profana y sagrada, sino simplemente sacramental: revela Dios, evoca Dios, viene empapada por la divina realidad. Por eso, la experiencia de fe unifica la vida porque contempla la realidad unificada por Dios como origen y como destino de todo. Como modo de vivir, la fe viva implica una postura contemplativa del mundo: ve y encuentra huellas de Dios por todas las partes. Pero no basta que la fe sea viva; importa que sea verdadera. Es solamente verdadera la fe que se hace amor, verdad y justicia. El Dios vivo de las escrituras es un Dios que abomina la iniquidad y ama la justicia. Le agradan no solamente los que lo aceptan, sino los que construyen su Reino que es de verdad, de amor y de justicia. Solamente esta fe comprometida es fe salvífica y por esto verdadera. "La fe sin obras es inútil" (Sant 2,21); una fe pura pero sin prácticas la tienen también los demonios (Sant 2, 20).

La fe cristiana sabe que Cristo tiene una densidad sacramental especial en los pobres. Ellos no tienen solamente necesidades que hay que atender; poseen una riqueza única y propia: son portadores privilegiados del Señor, destinatarios primeros del Reino, con un potencial evangelizador de todos los hombres y de la Iglesia (Puebla, 1147). El creyente no tiene sólo una mirada socio-analítica del pobre, identificando su pasión y las causas que generan los mecanismos de su empobrecimiento. Supuesto todo esto,³ mira la clase de los empobrecidos con ojos de fe y descubre en ellos el rostro sufriente del Siervo de Jahwe. Y esta mirada no se queda en lo contemplativo, como que "usando" el pobre para unirse al Señor. Cristo se encuentra identificado con ellos y quiere ahí ser servido y acogido. Esta situación de miseria provoca una conmoción del corazón: "yo estaba con hambre" ... (Mt 23, 35). Alguien está verdaderamente con el Señor en los pobres si se compromete en luchar contra la pobreza que humilla al hombre y Dios no quiere porque es fruto de relaciones de pecado y de explotación. La misma fe verdadera implica y exige un compromiso liberador: "...y me han dado de comer" (Mt 25, 36). Si no se mueve a la acción liberadora no solamente no ama al hermano sino que también no ama a Dios (1Ju 3, 17); El amor no puede ser "con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad" (1 Ju 3, 18).



Esta experiencia espiritual confiere unidad a la relación fe-vida, mística-política. El problema que se plantea es: como mantener esta unidad? Como alimentarla frente a todas las fuerzas de disgregación? Esta visión contemplativa y a la vez liberadora no emerge espontáneamente; es la expresión más significativa de la fe viva y verdadera. Pero, ¿cómo dar consistencia a esta fe?

Es aquí que emergen los dos polos: la oración y la práctica. Sin embargo la cuestión no es quedarse en la polarización o en la justa posición; así caeríamos de nuevo en los dos "monofisitismos" que criticábamos anteriormente. Hay que articular dialecticamente los dos polos; hay que considerarlos como dos espacios, abiertos lo uno a lo otro, implicándose mutuamente. Pero hay también que privilegiar uno de los polos de la relación: aquél de la oración.

Por la oración el hombre expresa lo más grande y profundo que existe en su existencia: puede elevarse por encima de sí mismo, trascender a todas las magnitudes de la creación y de la historia, asumir una posición "extática" y entablar un diálogo con el Supremo Misterio y gritar Padre! Con eso no deja atrás de sí el universo, sino que lo asume y lo hace ofrenda a Dios; pero se libera de todas las amarras, denuncia todos los absolutos históricos, los relativiza y se enfrenta él solo y desnudo con el Absoluto para hacer con El una historia. Ahí se descubre a Dios como el Santo; con El estamos delante de lo sumamente Serio y Definitivo; con El no se juega. Pero a la vez, este Dios así Santo y absolutamente Serio se revela como un Dios comprometido, sensible a los sollozos de los oprimidos. El puede decir: "He visto la opresión de mi pueblo... he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a liberarlos..." (Ex 3, 7-8). Por tanto, el Dios que por la oración dice al hombre: ¡ven! en la misma oración dice: ve! El Dios que llama es el mismo que lanza al compromiso de liberación. El pide unir la pasión por Dios con la pasión con los oprimidos. Mejor: exige que la pasión de Dios en Jesucristo sea vivida en la pasión de los hermanos sufrientes y necesitados.

La acción de servicio al hermano y de solidaridad con sus luchas de liberación aflora del seno mismo de la oración que atinge el corazón de Dios. La oración alimenta la óptica por la cual se permite al creyente ver en el pobre y en toda una clase de explotados la presencia sacramental del Señor. Sin la oración nacida de la fe, la mirada es opaca y ve en la superficie, no alcanza descender hasta aquella profundidad mística en la cual entra con comunión

con el Señor presente en los condenados, humillados y ofendidos de la historia.

Por otra parte, el polo de la práctica liberadora reenvía al polo de la oración como la fuente que alimenta y sostiene la fuerza en la lucha y garantiza la identidad cristiana en el proceso de liberación. Al cristiano interesa que la liberación sea efectivamente liberación y por eso anticipación del Reino y concreción de la redención de Jesús dentro de la historia. Es la fe y la oración que le propician contemplar su esfuerzo, muchas veces poco relevante, como construcción histórica del Reino. La práctica social tiene su densidad concreta e intramundana, pero su significado no se agota en esta determinación; la fe desvela su sentido trascendente y su significación salvífica. Por eso, para alguien que ha comprendido esta perspectiva, el servicio liberador con los hermanos constituye una verdadera diaconía al Señor, un asociarse a su obra redentora y liberadora y una real "leiturgia" en el Espíritu. Es lo que significa ser *contemplativus in liberatione*. La contemplación no se realiza solamente en el espacio sagrado de la oración, ni en el recinto sacrosanto de la iglesia o del monasterio; ella encuentra su lugar también en la práctica política y social, bañada, sostenida y alimentada por la fe viva y verdadera.

Es un gran apanagio de nuestra Iglesia latinoamericana el hecho de que los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos más comprometidos con las causas de los pobres (su justicia, sus derechos, su dignidad) son también los más comprometidos con la oración; se unen en un mismo movimiento de amor y de entrega a Dios y al prójimo más necesitado.

4. Características principales y los retos de esta espiritualidad

Se trata de identificar algunos rasgos más significativos de esta contemplación vivida en contexto de liberación.⁴

a) **Oración materializada de acción:** La oración liberadora recoge todo el material de la vida comprometida: las luchas, los esfuerzos colectivos, los errores y los logros alcanzados; se dan acción de gracias por los pasos dados, se pide no tanto de manera individualística, sino en función de todo un caminar, por aquéllos que sufren y por los que hacen sufrir; en la oración resuena especialmente la conflictividad del proceso de liberación; la confesión de los pecados es espontáneamente comunitaria; nadie se oculta por detrás de discursos etéreos sino que abre el corazón hasta para las cosas más íntimas; es una oración que refleja la liberación del corazón; se acusan especialmente las incoherencias entre lo profesado y lo vivido, la falta de solidaridad y de compromiso.

b) **Oración, expresión de la comunidad liberadora.** La oración privada tiene su valor permanente y asegurado; pero en los grupos comprometidos la oración es esencialmente un compartir de experiencias y de prácticas iluminadas y criticadas a la luz de la fe y del Evangelio. La experiencia no se queda en una espléndida privacidad del alma con su Dios, sino que se abre al otro en el escuchar y en el comunicar. Uno reconforta el otro; comenta los problemas del otro, se ayudan mutuamente en los problemas revelados; no hay la "vergüenza" sagrada que esconde las visitas y las iluminaciones de Dios. La



gran mayoría tiene el alma como un libro abierto. Esto revela ya el proceso de liberación al interior de la misma comunidad.

c) **Liturgia como celebración de la vida.** La liturgia canónica conserva su carácter vinculante y es expresión de la catolicidad de la expresión de nuestra fe; pero en la medida que las comunidades unen fe y vida, mística con política, más y más insertan en lo litúrgico la celebración de la vida compartida por todos. En este campo aflora una rica creatividad que tiene su dignidad y su sacralidad aseguradas por el sentido apurado que el pueblo tiene de lo sagrado y de lo digno; se aprovechan símbolos significativos del grupo, se hacen coreografías y, muchas veces, verdaderos autos espirituales con expresiones corporales propias del pueblo.

d) **Oración hetero-crítica:** La oración liberadora sirve muchas veces de un examen crítico de las prácticas y actitudes de los participantes de la comunidad. Saben criticarse mutuamente sin melindres y susceptibilidades personales. Lo que importa son los criterios objetivos: el Reino, la liberación, el respeto al caminar del pueblo. Desde estas realidades se confrontan las prácticas de los agentes de pastoral. Hay verdaderas conversiones y ayudas que vienen de esta sinceridad y lealtad.

e) **Una santidad política:** La tradición cristiana conoce el santo ascético, maestro de sus pasiones y fiel observante de las leyes de Dios y de la Iglesia. Casi no se conocen santos políticos y santos militantes. En el proceso de liberación se ha creado la situación para un otro tipo de santidad: más allá de luchar contra sus propias pasiones (constituye una tarea permanente) se lucha contra los mecanismos de explotación y de destrucción de la comunidad. Ahí emergen virtudes difíciles pero reales: solidaridad con los de su clases, participación en las decisiones comunitarias, lealtad para con las soluciones definidas, superación de todo odio contra las personas que son agentes de mecanismos de empobrecimiento, capacidad de ver más allá de los inmediatismos y trabajar para una sociedad futura que todavía no ve ni se va a gozar. Este nuevo tipo de ascesis posee sus exigencias y renunciaciones a fin de mantener el corazón puro y orientado por el espíritu de las bien-aventuranzas.

f) **Coraje profético y paciencia histórica:** Muchos cristianos comprometidos tienen la valentía, haurida de la fe y de la oración, de enfrentarse con los poderes de este mundo en pro de las causas del pueblo y de su dignidad pisoteada. En esto muestran la parrhesia apostólica de arriesgarse hasta

sufrir persecuciones, cárceles, destituciones de trabajo, torturas e incluso la eliminación física. A pesar de esta valentía evangélica, tienen paciencia histórica para el paso lento del pueblo, sensibilidad para sus ritmos, acostumbrados que están a sufrir represiones. Tienen confianza en el pueblo, en su valor, en su capacidad de lucha, a pesar de sus limitaciones, equívocos y atraso intelectual. Se cree vivamente en la fuerza del Espíritu que actúa en los humildes y sufrientes y en la victoria de sus causas y en el derecho de sus luchas. Esta actitud nace de una visión contemplativa de la historia, de la cual solamente Dios es Señor.

g) **Actitud pascual:** Toda liberación tiene un precio a ser pago; hay una muerte y una resurrección que deben ser asumidas con jovialidad y serenidad evangélicas. No se temen los sacrificios, las amenazas y las reales situaciones de martirio. Todo esto es asumido como parte del seguimiento de Jesús. Hay un sentido fuerte de la cruz como paso necesario para la victoria. La resurrección es vivida como momento en que triunfa la justicia, en que el pueblo vence en sus luchas y en que se hace más digna la vida. Es la resurrección de Jesús en marcha como un inmenso proceso de liberación que toma cuerpo en la historia. Esto es celebrado y vivido como forma de presencia del Espíritu en medio de la historia.

Podríamos enumerar otras características de este tipo de oración que se hace cada vez más realidad en las comunidades comprometidas en la liberación de los más necesitados. Siempre aparece la unidad de oración-acción, fe-liberación, pasión por Dios expresada en la pasión por el pueblo. Más y más se crean las posibilidades objetivas para la emergencia de un nuevo tipo de cristiano, profundamente comprometido con la ciudad terrena y a la vez con la ciudad celeste, convicto de que esta depende de la forma como nos hemos empeñado en la creación de aquella. El cielo no es enemigo de la tierra; él empieza ya en la tierra. Ambos viven bajo el arcoiris de la gracia y del gesto liberador de Dios en Jesucristo.

Esto no es mera teología. Es vida y mística de muchísimos cristianos.

1) Véanse los siguientes títulos más significativos: Frei **Betto**, *Oração na ação*, (Civilização Brasileira), Río de Janeiro 1977; Galilea, S., *Espiritualidade de libertação*, (Voces), Petrópolis 1976; Contribuição dos teólogos presentes em Puebla: *Espiritualidade e evangelização*; Para uma espiritualidade de libertação, em *SEDOC julho/agosto 1979*, 72-79; Boff, L., *Testigos de Dios en el cora-*

zón del mundo (Instituto Teológico de Vida Religiosa), Madrid 1977.

2) Con la cultura del trabajo se ha creado algo sin precedentes en la historia de la humanidad; hubo una activación total de las fuerzas productivas, cambiando el hombre y su mundo; ya no se trata solamente de trabajar, sino de producir lo máximo con lo mínimo de investimento. Esto hoy tiene una dimensión planetaria. La Iglesia no ha todavía asimilado de forma adecuada esta revolución; la ética, la espiritualidad y la teología están todavía demasadamente marcadas por un mundo de los ritmos de la naturaleza y de la armonía del mundo antiguo. Fue mérito incontestable del sistema capitalista haber introducido este cambio cualitativo en la historia; y es también su gran contradicción.

3) El militante cristiano, habituado a la complejidad de lo real social, hoy extremadamente sofisticado y asequible solamente mediante el instrumental científico, tiene que fortificar enormemente su mirada de fe para poder detectar en los

mecanismos socio-históricos la presencia o la ausencia de Dios y de su gracia. Como nunca antes en la historia se hace necesaria la oración unida a la perspicacia política, la mística articulada con el análisis crítico de la realidad.

4) La gran dificultad de esta espiritualidad de liberación reside en el hecho de que la historia de la Iglesia presenta pocos o casi a nadie que tenga realizada esta síntesis entre lo místico y lo político así como lo concebimos hoy. San Francisco de Asís, San Bernardino de Siena, San Vicente y otros tenían más bien una actitud para nuestros criterios asistencialista que libertadora. No se movían ni tenían condiciones teóricas y prácticas para hacerlo dentro del marco de lo político como campo de lucha de poderes en donde se imponen opciones, a veces radicales en nombre de la fe o de la justicia. Es el gran reto de nuestro tiempo crear militantes con una santidad verdaderamente política; importa ser a la vez santo y político en el pleno sentido de la palabra.

